

Paul Theroux

El último tren
a la zona verde

Mi safari africano definitivo

Traducción del inglés de María Luisa Rodríguez Tapia

ALFAGUARA



Cuando mi padre viajaba, no temía a la noche. Pero ¿tenía todos los dedos de los pies?

Proverbio bakongo (Angola)

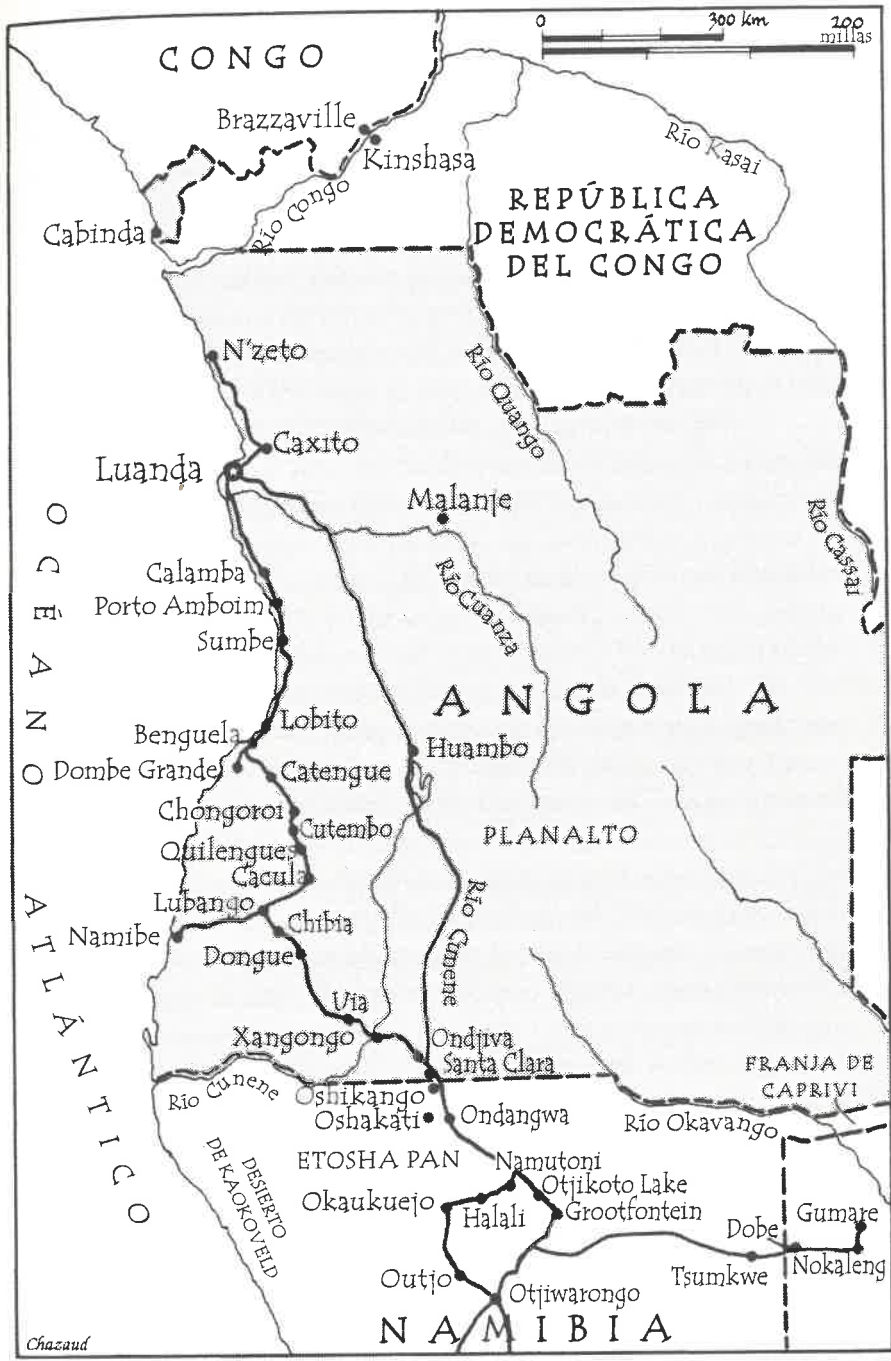
Dios todopoderoso dijo a Moisés, la paz sea con él: «Coge una vara de hierro y calza unas sandalias de hierro, y recorre la tierra hasta que la vara se rompa y las sandalias estén gastadas».

MUHAMMAD BIN AL-SARRAJ, *Uns al-Sari wa-al sarib*
(*A Companion to Day and Night Travelers*),
1630, traducido al inglés por Nabil Matar

Índice

1. Con la gente irreal	15
2. El tren de Khayelitsha	27
3. Ciudad del Cabo: el espíritu del Cabo	53
4. El autobús nocturno a Windhoek	71
5. El tren nocturno de Swakopmund	91
6. A través de la sabana hasta Tsumkwe	113
7. Ceremonia en la encrucijada	129
8. Con la gente real	145
9. A lomos de un elefante: el safari definitivo	169
10. Las manadas hambrientas de Etosha	189
11. La frontera del mal karma	209
12. Tres pedazos de pollo	231
13. De voluntario en Lubango	251
14. Los patios de esclavos de Benguela	275
15. Luanda: la ciudad improvisada	303
16. «Este es el aspecto que tendrá el mundo cuando se acabe»	325
17. ¿Qué hago aquí?	337





CONGO

Brazzaville

Kinshasa

Cabinda

Rio Congo

Rio Kasai

REPÚBLICA
DEMOCRÁTICA
DEL CONGO

N'zeto

Caxito

Luança

Malanje

Rio Quango

Rio Kasai

Calamba

Porto Amboim

Sumbe

Rio Cuanza

ANGOLA

Benguela

Lobito

Huambo

PLANALTO

O
C
E
A
N
O

A
T
L
Á
N
T
I
C
O

Dombe Grande

Benguela

Catengue

Chongoroi

Cutembo

Quilengues

Cacula

Lubango

Chibia

Namibe

Dongue

Rio Cunene

Xangongo

Ondjiva

Santa Clara

FRANJA DE
CAPRIVI

Rio Cunene

Oshikango

Oshakati

Ondangwa

Rio Okavango

ETOSHA PAN

Namutoni

Halali

Otjikoto Lake

Grootfontein

Okaukuejo

Dobe

Gumare

Outjo

Otjiwarongo

Tsumkwe

Nokaleng

NAMIBIA

Chazaud

DESERTO
DE KAOKEVELD

2. El tren de Khayelitsha

Varias semanas antes de mi visita a los ju/'hoansi, que duermen sobre la tierra, en sus sencillos refugios de techo inclinado, siempre alerta ante los paseos nocturnos de los depredadores, me desperté tras un profundo sueño en un suave colchón de un hotel de lujo, entre las verdes y empinadas laderas de la montaña de la Mesa y el agua reluciente de la bahía de la Mesa. Estaba en Ciudad del Cabo, con sus cimas y sus acantilados, la única ciudad de África que puede presumir de grandiosa.

Bostezando con la boca abierta de par en par como un babuino, encendí la televisión y, al ver la agitación en Europa, muestras de imprevisión y caos de esas que la gente suele relacionar con África, di gracias por estar tan lejos. Iba a emprender el camino hacia el norte uno de esos días, por carretera, hacia Namibia, Botswana y Angola, y quizá más allá. Sin ningún plan a largo plazo. Iba solo, viajaba ligero y no necesitaba más que un billete barato de ida. Había un autobús diario que iba hasta la Provincia Septentrional del Cabo, hasta la aislada Springbok, y continuaba luego, durante la noche, para atravesar la frontera con Namibia, que seguía el curso este-oeste del río Orange.

Viajero pero mayor, me tomé mis pastillas de la mañana, dos distintas para evitar la gota, una vitamina y una dosis para contener la malaria, y luego me dediqué a perder el tiempo, atontado aún por el *jet lag*. Entonces recordé que estaba de viaje, así que feché y escribí la primera frase de mi diario, contando que me había despertado en un suave colchón en un hotel de lujo.

En un lugar tan agradable, por muy lejos que estés, nunca piensas que eres demasiado viejo para viajar. Puedo seguir haciéndolo hasta que me muera, piensas, mientras llamas al servicio de habitaciones para que te traigan flores de loto, que te apetece comer («Más bien, prefiero el filete de wagyu envuelto en pimienta con la vinagreta de trufa negra»). Solo cuando estás en una casucha

en la sabana, o bajo la mirada de una muchedumbre hostil («*Meester! Meester!*»), o comiendo un caldo siniestro de carne negra o un plato resquebrajado de patatas frías, crudas, grasientas y moteadas, o dando tumbos en un viejo cacharro durante nueve horas por una carretera de montaña llena de baches —con la posibilidad de una muerte violenta tan cercana como el oscuro precipicio que se abre a la derecha—, solo entonces se te ocurre pensar que esto debería estar haciéndolo otra persona, alguien más joven, quizá, más hambriento, más fuerte, más desesperado, más loco.

Pero existe una cosa llamada curiosidad, más digna cuando se denomina espíritu inquisitivo, y ese afán figón ha gobernado mi vida de viajero y de escritor.

En gran parte de Europa y Norteamérica, una mirada curiosa se considera una intrusión hostil, y las preguntas interesadas suelen provocar respuestas violentas o inútiles. «¿Está escribiendo un libro, amigo? Pues olvídese de este capítulo.» En África, por el contrario, esa atención se considera un interés que se agradece, una forma de amabilidad, sobre todo cuando se intercambian los cumplidos de rigor y se observan las buenas costumbres tribales. Lo que me traía de nuevo a esta hermosa ciudad, a este continente, era el deseo de saber más cosas de primera mano, ese anhelo revitalizante que nos mantiene a todos asombrados y nos empuja a algunos a viajar.

Durante el desayuno —salmón, huevos revueltos, fruta, zumo de guayaba, té verde, tostadas y «Páseme la mermelada, por favor»—, mientras leía el *Cape Times*, vi dos titulares: «La montaña, cerrada de noche» y «La ciudad responde a los ataques». La razón para cerrar la montaña de la Mesa al anoecer era la delincuencia: atracadores, ladrones o, en argot sudafricano, *tsotsis* y *skelms*, que es como llaman a los matones. Varios paseantes nocturnos y espectadores sonrientes que admiraban las luces de la ciudad desde sus coches estacionados habían sufrido agresiones, palizas brutales y robos. A saber cómo iban a cerrar semejante montaña. Este enorme e imponente promontorio rocoso, con una extensión de tres kilómetros en la meseta de la cima, forma una cresta que se prolonga algo más de sesenta kilómetros, hasta la Punta del Cabo.

Pero estaba en África, tan acostumbrada a cambios repentinos. Antes de que transcurriera un mes, la montaña de la Mesa fue designada (junto con la bahía de Halong en Vietnam, la selva amazónica, las cataratas de Iguazú y otros tres lugares) una de las Siete Maravillas Naturales del Mundo. Reconocida como tal en todo el mundo, la montaña volvió a abrirse orgullosamente al público.

El mismo día que me desperté en el hotel de lujo, fui a dar un paseo. En Texies Fish and Chips, situado en la calle Adderley, y en la plaza de Gran Parade, cerca de la estación de tren, mientras comía mi ración de abadejo al horno y admiraba el panorama, la aparente prosperidad, el ajetreo de los compradores y las palomas que comían las migas de pan arrojadas por los transeúntes, me fijé en unos jóvenes situados en las sombras de la arcada próxima a la terraza en la que estaba sentado, que me devolvían la mirada. Al ver que no me iba a terminar mi comida, uno de ellos, un adolescente flacucho, se acercó y me preguntó con timidez: «¿Puedo acabármela?». Asentí, sin decir nada, porque me pilló de sorpresa. Se llevó los restos de mi almuerzo —el plato de patatas grasientas— un poco más allá, ahuyentó a las palomas y devoró todo.

La literatura de viajes, a veces, no es más que un decorado para una especie de irónica misantropía, o mitomanía, o un romanticismo inventado, pero en ese momento solo pude sentir lástima e impotencia. Un reflejo desesperado que volvería a sentir en varias ocasiones durante mis viajes africanos, con el hombre o el chico hambriento al acecho, esperando a recoger mis sobras, o las de alguna otra persona, para comérselas con los dedos sucios.

Si me había preguntado por qué tenía que volver a África, supongo que tuve que responder: para encontrarme con eso, entre otras coincidencias. No tenía derecho a decir que estuviera buscando algo. No buscaba nada. Estaba huyendo de mi rutina, y mis responsabilidades, y mi asco general hacia la palabrería fatua, las conversaciones sobre dinero, las risas estúpidas en cenas y reuniones. El asco es como la gasolina. Anuló los inconvenientes de ir de Nueva York a Dubái, y de ahí a Ciudad del Cabo, veintidós horas de vuelo, treinta horas de viaje, pero me alegré de irme. Era un viaje como forma de rechazo, como si, al marcharme, dijera a todos aquellos fatuos: *Abí os quedáis*. Tal vez con la esperanza de que

ellos se preguntaran: *¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? ¿Es que he dicho algo?*

Por encima de todo, quería volver a África a reanudar lo que había interrumpido.

Diez años antes, había venido aquí y me había paseado por la sórdida pobreza de un campamento provisional, llamado Nuevo Descanso, en los desolados arenales que había a las afueras de Ciudad del Cabo. A mi regreso, el primer lugar al que quería ir era aquel campamento para ver qué había sido de sus chabolas, sus cobertizos, sus desharrapados habitantes, que se habían asentado en el erial junto a la autopista.

¿Seguía siendo un lugar controvertido, una barriada hecha por completo de trozos de madera y de plástico, un enclave temporal en medio de la arena barrida por el viento?

La mayoría de los sudafricanos negros viven en las profundidades inferiores, no en aldeas pintorescas ni en cabañas con techos de paja sobre verdes colinas. Tres cuartas partes de los africanos que residen en las ciudades viven en los barrios y campamentos más repugnantes. Pero ¿qué sucede con esos lugares al cabo de una década?

—No vaya a un campamento ilegal. No vaya a una *township*, una barriada negra. Le robarán o algo peor —me había dicho un empleado mestizo en la estación central de ferrocarril de Ciudad del Cabo hacía diez años, en una mañana de domingo, después de negarse a venderme un billete a Khayelitsha.

Le pregunté por qué. Su seguridad implacable me llamó la atención. No estaba haciendo ninguna generalización racial. No quería venderme lo que consideraba un billete hacia la violencia. Me explicó que era frecuente que jóvenes parados de la barriada y el campamento cercano apedrearan el tren a Khayelitsha, rompieran las ventanillas y agredieran a los pasajeros.

Al día siguiente, provocado por su advertencia, fui al campamento provisional de Nuevo Descanso y escribí sobre las mil doscientas chabolas que se habían acumulado durante un decenio en el suelo arenoso y estéril de Cape Flats, junto a la transitada autopista que llevaba al aeropuerto. La mayoría de sus ocho mil quinientos habitantes vivían en la miseria. Era terrible, pero no indescriptible.

No había agua corriente; no había luces ni árboles. Era un lugar ventoso e inhóspito. Como lo habían formado ocupantes espontáneos que se habían instalado en dieciséis hectáreas de arena, no había servicios higiénicos y, por consiguiente, apestaba y tenía un aspecto espantoso. Las casas eran barracones hechos con tablones mal colocados, restos de madera, trozos de estaño y láminas de plástico. Los huecos entre los tablones se llenaban de arena con el viento. Un hombre me contó que siempre tenía arena y polvo en su cama.

No podía haber una vida más deprimente, pensé entonces: un barrio de chabolas en una ciudad, sin ningún árbol, demasiado arenoso para que pudiera crecer nada aparte de unos geranios escuálidos y unos cactus diminutos; la gente tenía que coger agua de los grifos públicos en cubos de plástico y encender velas en sus barracones; unos barracones que eran fríos en invierno, abrasadores en verano, muy sucios, extendidos a caballo de una carretera importante y ruidosa. ¿Cómo iba a haber nada peor? Por más que los llamaran «asentamientos informales», como hacían algunos, seguirían oliendo igual de mal.

Sin embargo, pese a aquella pobreza, los habitantes de Nuevo Descanso eran optimistas y tenían metas. Uno de los residentes, el hombre que se quejaba de la arena en su cama, me llevó a ver al comité de Nuevo Descanso, que se reunía de forma habitual en una de las chabolas. Sus miembros me dijeron que los ocupantes procedían de la Provincia Oriental del Cabo, los viejos bantustanes de Transkei y Ciskei creados por el gobierno, así como de los suburbios de East London, Port Elizabeth y Grahamstown, ciudades industriales que no estaban pasándolo bien en la situación económica posterior a la independencia. El comité de Nuevo Descanso explicó sus objetivos: carreteras, agua corriente, electricidad y —en un proceso denominado «renovación in situ»— la construcción de una casa permanente en lugar de cada chabola.

Varios urbanistas voluntarios de la Universidad de Ciudad del Cabo habían diseñado y proyectado un plan maestro. Habían numerado cada chabola, por pequeña y miserable que fuera, e inscrito su parcela. Habían elaborado un censo. La idea de transformar un campamento provisional en una barriada habitable a base de renovar las viviendas existentes —y convertir un barrio de chabolas en un barrio normal— ya se había llevado a cabo en Brasil

y la India, pero no todavía en Sudáfrica. La fuerza impulsora de todo esto era el orgullo de aquella gente por haber encontrado un lugar seguro en el que vivir, y también contaba la buena voluntad de los extranjeros, visitantes bienintencionados que habían donado dinero para financiar la guardería, comprar tres máquinas de hacer ladrillos y crear un fondo fiduciario en beneficio del asentamiento. El fondo lo administraban de forma gratuita una empresa de safaris y el Fondo de Desarrollo Comunitario Nuevo Descanso/Kanana, que promovía el turismo en la *township*. Algunos niños estaban apadrinados por estadounidenses y europeos que hacían envíos periódicos de dinero para comprarles ropa y pagarles la educación. Era un acuerdo improvisado y precario, pero el elemento de autoayuda que incluía me hizo desearles lo mejor.

¿Qué había pasado desde entonces?

En mi segundo día en Ciudad del Cabo, después de otro exquisito desayuno en mi hotel, hice treinta minutos en coche, bajando y rodeando la montaña, para ir al campamento. Encontré a un taxista que vivía cerca de Nuevo Descanso, en un viejo asentamiento llamado Guguletu, donde también quería ir, después de haberlo visitado asimismo diez años antes.

Ninguna persona que visite Boston, mi ciudad natal, se despierta en un hotel de lujo y, después de un magnífico desayuno, coge un taxi para conocer, por pura curiosidad voyeurística, las zonas más pobres de la ciudad, como el barrio negro en Roxbury, donde el bulevar Malcolm X desemboca en la plaza Dudley, los barrios pobres de Charlestown y Chelsea o las duras calles de Everett, con sus tiendecitas, sus salones de billar y sus casas de madera de tres pisos. Los curiosos no son bienvenidos en esos lugares, pero, incluso aunque lo fueran, nadie va de visita así como así, porque se considera que los barrios pobres de las ciudades de Estados Unidos son peligrosos. Por todo ello era muy consciente de mi privilegio como visitante en Sudáfrica, de que estaba haciendo algo que no hacía en mi país.

Y no era nada difícil hacerlo. En Ciudad del Cabo, muchas *townships* pobres, algunas de ellas casi idénticas, están incluidas en el itinerario de los recorridos turísticos que más se anuncian en la ciudad.

—Esto es Imizamo Yethu —dice el guía por los altavoces cuando el autobús de City Tours se acerca a una colina de casuchas y caminos de polvo—. Significa «Nuestra Lucha». Al principio era un campamento provisional. Hoy es una barriada. Nació en los años ochenta, cuando se abolió la Ley de Pases, y creció en los años noventa. Pueden bajarse aquí si quieren que un residente de la comunidad les haga una visita guiada. Vendrá otro autobús dentro de treinta minutos...

El nombre de mi conductor era Thandwe. De la tribu xhosa, había llegado a la ciudad veintisiete años antes, de niño, procedente de Port Elizabeth, en la Provincia Oriental del Cabo, para vivir con su tío.

—Voy a casa de vez en cuando —dijo Thandwe—, pero tengo intención de quedarme aquí.

Íbamos por la autopista, la única carretera que ve la mayoría de los visitantes extranjeros, porque es la que lleva al aeropuerto internacional de Ciudad del Cabo. Yo quería —esperaba— encontrarme con novedades positivas, ver algo diferente.

—Nuevo Descanso está ahí —dijo Thandwe, indicando un asentamiento de pulcras casas de tejados rojizos, situadas tras una valla de gran altura junto a la carretera. No eran cabañas acondicionadas ni chabolas renovadas; eran nuevas, de aspecto sólido, y estaban agrupadas, muy juntas, en los espacios que claramente habían ocupado los barracones y los chamizos que había visto diez años antes. Esa era la «renovación in situ» a la que habían aspirado los urbanistas.

Salimos de la autopista, tomamos la carreterita que llevaba a Nuevo Descanso y atravesamos la *township*, que había experimentado grandes mejoras. Hacía cuarenta años, aquella había sido una zona rural dotada de un aura espiritual y un significado ritual para los xhosas locales. A los iniciados (*mkweta*) en las ceremonias de circuncisión (*ukoluka*) se les ocultaba entre los matorrales. Después de que se les cortara la piel del pene con el filo de una lanza (*mkonto*), los jóvenes permanecían juntos hasta que cicatrizaban las heridas. Diez años antes me habían contado que en junio y diciembre se veía a los chicos recién circuncisos, «a veces a muchos, escondidos al otro lado de la maleza».

La situación había cambiado. Habían cortado todos los matorrales, donde antes había maleza ahora había casas, y no quedaba ni un árbol en pie. Pero yo había sido testigo de una transformación y de cómo se había producido. Primero, los recién llegados de las aldeas de provincias levantaron un campamento provisional con láminas de plástico, trapos y ramas cortadas; luego arreglaron esos cobijos y los convirtieron en chabolas, con viejos tablones y trozos de metal, hasta formar una barriada; con el tiempo, fueron añadiendo retretes comunes y un grifo para el agua, y por último, gracias al tesón de la gente —los que, en mi visita anterior, me habían dicho «Aquí nos quedamos. Este es nuestro hogar»— y a los urbanistas y cooperantes voluntarios, el campamento había experimentado otra mejora. Había un departamento del gobierno, el Programa de Reconstrucción y Desarrollo, dedicado a mejorar y reconstruir los campamentos provisionales.

—Ahora tiene tiendas. La escuela está cerca —dijo Thandwe—. Uno de los motivos de estas mejoras fue el Mundial de fútbol.

Cuando Sudáfrica logró ser el país anfitrión de la Copa del Mundo de la FIFA en 2010, se construyeron tres estadios inmensos y se llevó a cabo una gran renovación de los siete que ya existían en sus principales ciudades. Se levantaron nuevos hoteles y se mejoró el transporte público, y, con toda esa inversión, surgió la idea de dedicar parte del dinero a alojar a todos los que iban a trabajar en las nuevas instalaciones. Los trabajadores que, con bajas remuneraciones, hacen que Sudáfrica sea un lugar agradable para vivir y sin problemas de servicio —empleados del hogar, jardineros, mecánicos, barrenderos, limpiadores, conductores de autobús, taxistas, camareros, niñeras, enfermeras y maestros— viven en gran parte en esos barrios. De modo que para que las ciudades funcionaran bien era fundamental mejorar sus condiciones de vida.

Otro día, otra salida de mi encantador hotel en el centro de la ciudad y otro conductor. Este se llamaba Phaks, pronunciado «Pax». Me lo habían recomendado como una auténtica autoridad sobre la vida en las *townships*, y él mismo residía en el gran ensanche de Khayelitsha, con su medio millón de habitantes y más del 80 por ciento de paro, el lugar con la peor fama en materia de delincuencia, ociosidad, juego, luchas y alcoholismo.

—Pero no todo es malo —dijo Phaks mientras conducía por la autopista. Era un tipo más bien alegre pero que parecía tener varias cuestiones sin resolver dándole vueltas en la cabeza, y a veces oscurecía el semblante y se mostraba ofendido.

Pasamos por el Distrito Seis, una zona de Ciudad del Cabo que en la era del apartheid había estado llena de vida, había desafiado el racismo y se había convertido en un barrio multirracial famoso por su seguridad, su música, sus restaurantes, su colorido y su alegría de vivir. A finales de los sesenta, el gobierno municipal quiso reclamar la zona para crear un barrio blanco, y obligó a sus sesenta mil habitantes a abandonar el distrito, los separó por razas y los instaló en asentamientos específicos: los blancos en zonas blancas, los negros en Khayelitsha, los mestizos (*coloreds*) en Mitchells Plain y Bonteheuwel.

La idea era crear un barrio exclusivo para blancos con casas nuevas, que se llamaría Zonnenbloom («Girasol»), pero no salió bien. Nadie quería vivir allí, y en mi visita anterior, diez años antes, era una zona vacía, un páramo flanqueado por dos viejas iglesias. Lo único que quedaba del Distrito Seis eran sus iglesias.

Sin embargo, desde entonces habían construido algunas casas. En 2005, el Programa de Reconstrucción y Desarrollo había levantado nuevas viviendas, y muchas —no todas— estaban habitadas.

—Son para los que desean volver —dijo Phaks—. Pero algunos se resisten.

—Está céntrico, es seguro, las casas son nuevas —dije—. ¿Por qué no quieren volver?

—Dicen que no es lo mismo, así que no vienen.

—¿Qué quiere decir que «no es lo mismo»?

—Ya no es multirracial. Solo negro.

Después me llevó a la *township* de Langa, que estaba un poco más cerca de Ciudad del Cabo propiamente dicha y, como muchas otras barriadas, al borde de la autopista al aeropuerto. El signo de distinción de Langa era que había sido uno de los primeros poblados negros. Phaks dijo que el asentamiento había nacido en 1900, pero el historiador local le llevó la contraria y replicó que había sido en 1927. Entonces Phaks dijo que Langa quería decir «sol», y el historiador local afirmó que se llamaba Langa por un